

la matanza



félix
carbajosa
santos

RELATOS
DEL
VIENTO

LA MATANZA

Félix Carbajosa Santos

LA MATANZA

COMERCIO JUSTO

© 2012 Félix Carbajosa Santos
Reservados todos los derechos por el autor

—Ave María Purísima

—Saludó Esteban a quien
hubiera tras el torno ciego del
recibidor del convento.

—Sin pecado concebida

—respondió una voz oculta y
amable. —¿Qué le trae por la
casa de Dios?

—Vámos madre Ángeles,
veinte años viniendo a verla y
todavía no reconoce mi voz.
Soy el matachín, vengo con mi

La matanza

hijo Pedro y con mi nieto a lo de la matanza. Avise a la madre Asun que nos abra la puerta y déle un poco pan de ángel al crío que viene "asustao".

—Asunción, su nombre es madre Asunción señor Esteban, voy a avisarla. Coja las obleas para el niño.

El torno, despacio y mudo, giró trayendo en una de sus

bandejas media docena de laminas troqueladas con el vacío de las sagradas formas. Al rato, desde el otro lado del vestíbulo, una monja les hizo señas para que la siguieran. El abuelo, tras de ella, hacía momos en referencia a la corta estatura de la religiosa y subiendo a sus brazos al niño le susurró al oído.

—¿Ves el escapulario que lleva? En su cuerpo parece una pancarta.

El comentario no buscaba la burla sobre la mujer sino relajar un poco los nervios del chiquillo, al que se le escapó una risita. La monja, ajena al chiste, caminaba con pasos muy cortitos pero inusualmente rápidos lo que

hacía más graciosa su apariencia.

—Allí está la madre Asunción. —señaló la monjita y dirigiéndose al niño dijo —Lleva haciendo la misma broma desde que le conozco.

La madre Asunción esperaba junto a la puerta que daba acceso a los corrales y la huerta de la abadía, con ella aguardaban tres religiosas más

La matanza

jóvenes, dispuestas para ayudar en lo que fuera menester. Eran grandes como caballos, no tendrían ningún problema con las faenas que necesitaran fuerza bruta.

Sor Asunción y Esteban se saludaron efusivos y agarrados del brazo, se ubicaron junto con el niño, en una mesa, al solillo, frente a la cochiguera.

Pedro y sus ayudantes enfilaron al corte. Una, de aquellos caballos percherones, portaba en su mano un mazo enorme, sin mediar palabra, la emprendió a golpes con la pared de rasillas que cerraba la pocilga. Comenzó por los ángulos del pequeño agujero abierto en la tapia a modo de ventanuco, sirvió para entrar al cerdo cuando era de siete

La matanza

semanas y servía para cebar al animal y mantener la pocilga limpia como la sagrada patena.

Esteban preguntó como todos los años:

—¿Por qué tapiáis el vano entero? Dejar una puerta de madera y no habría que romper la pared todos los años.

—Ya —respondió condescendiente sor Asunción—

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

